

# Un testimonio de negras y mulatas

Enrique Patterson

**S**i me comprendieras. Así TITULÓ ROLANDO Díaz, cineasta cubano residente en Canarias, la película que el Miami-Dade Community College (recinto del downtown) exhibió el pasado domingo 20. El director, según cuenta él mismo, estaba haciendo un casting en La Habana, buscando la negra o la mulata apropiada para rodar una película musical. Luego, abandonó por el momento el proyecto e hizo un documental con las historias de todas esas mujeres. El resultado es algo diferente al documental que el director presenta. Rolando ha logrado una original película sobre La Habana actual, el período especial y la problemática racial desde la experiencia dura y angustiada de la mujer negra en la Cuba castrista.

Si hay un personaje que nos hace pensar sobre la realidad de la sociedad cubana actual en contraposición con el discurso oficial, ése es la mujer negra.

La búsqueda de la actriz funciona como un pretexto para mostrarnos la cotidianidad y los conflictos de la mujer negra. Pero, además, el proyecto orientado a filmar un musical sirve para presentarnos la cara tradicional, turística, colonizadora o blanca de la mujer negra y mestiza: cuerpos voluptuosos que se entregan con pasión al baile, en este caso, además, con el incentivo salvador de convertirse en actriz y, acaso, escapar de la obstinación, de la falta de oportunidades, de la discriminación, del período especial, de la explotación. El ojo que sólo se detenga en este ángulo del film necesita rehacerse: la mirada de Rolando toca este lado de la mujer

«otra» con sentido crítico. A través de estas muchachas irrumpe la vida real en el film, ellas mismas hacen el libreto, su vida real y sus conflictos pasan directamente al celuloide con un realismo y frescura apasionantes. Los cineastas las visitan y filman en sus hogares y, en la visita, se introduce en la película, además de toda la familia con los conflictos y traumas, la sociedad cubana actual.

Mientras el director nos cuenta la carpintería del musical frustrado, estas mujeres nos presentan su infravida en la Cuba castrista hablándonos desde su dura cotidianidad. Son muchas las historias de mujeres que Rolando presenta, a veces se llega a pensar que demasiadas. Pero no, la contundencia de la película está en el carácter aplastante, agotador de los testimonios. Donde mujeres de distintas experiencias, nivel profesional y educacional se debaten luchando contra un destino imposible que les impide la realización individual, limitación de la que no se salvan ni las en apariencia exitosas.

Está por ejemplo la glamorosa y bella modelo que ha logrado el «éxito». Sus contratos con casas de modas y revistas extranjeras no la han sacado de la casa miserable, ni le permiten mejorar las condiciones de vida de su madre y su abuela. La remuneración, de un monto que se deja entrever considerable, no llega a sus manos. El estado se queda con todas las divisas. Después no olvidamos esa voz que aspira a desarrollar su carrera y, claro está, estar en control de sus finanzas y destino.

Otra es una empresaria, que trabajando duro con su esposo abrió un paladar y—justo

cuando comenzaban a disfrutar con la esperanza de una mejor vida— se arruinaron por la irracionalidad de unos impuestos hechos precisamente para que los cubanos como ella, antes operadora de una grúa en San José, se arruinaran. O la bailarina profesional que, en el momento de salir de gira para Italia, la eliminan precisamente a ella para llevar a una advenediza que no es siquiera una mediocre profesional. «¿Por qué a mí? ¿Por qué a mí?, se pregunta la bailarina.

Si hay un personaje que nos hace pensar sobre la realidad de la sociedad cubana actual en contraposición con el discurso oficial, ése es Flor, la actriz. Me habían hablado mucho de ella; al fin la conocí mediante la película.

Graduada de la Escuela Superior de Arte en la especialidad de artes se lanza ella sola a combatir los «molinos de viento». No puede hacer un papel protagónico en la televisión pues, a pesar de su calidad interpretativa, sólo puede hacer, por negra, papeles de criada o de esclava. En la televisión cubana no hay espacio para los actores negros en roles protagónicos. Pero Flor, la actriz, lleva bien puesto el nombre: se ha salido de la estructura cultural oficial y, sin pedir permiso, ha creado un grupo de teatro negro que confronta el racismo de la sociedad cubana tradicional y, sobre todo, actual. Culturalmente, hay un «renacimiento negro» en la isla que anuncia otro de mayores dimensiones.

En la televisión cubana no hay espacio para los actores negros en roles protagónicos.

Alguien, algo, es responsable de que la modelo sea explotada, de que la bailarina no viaje, de que la empresaria se arruine y de que los actores negros no tengan las mismas oportunidades que sus compañeros blancos, a pesar de ser una sociedad tan «libre» y tan «unida».

Rolando Díaz presentó esta película en el pasado festival de cine de La Habana. Se puso un día con tremendo éxito de público y, no se sabe por qué, no se exhibió más a pesar de las gestiones al respecto por parte de grupos interesados. La película recibió una mención del jurado del festival que, no se sabe por qué, no fue anunciada junto al resto de los premios y menciones.

Hay, al parecer, mucho de subversor en este film y en estas mujeres que, con su sola proyección, destruyen varios mitos. Están atravesadas por conflictos sociales, culturales, políticos e históricos; aspiran a un futuro que no se avizora, pero luchan. Más que ponerlas a bailar, a través de ese pretexto el cineasta las ha puesto a hablar.

De eso se trata, de que hablen por sí mismas y de sí mismas en lugar de que otros hablen por su nombre. Cecilia Valdés, la imbécil, ha muerto. Estas mujeres reales y directas lo confirman. Sería una lástima que no salgan los hombres dispuestos a seguirlas y a morirse con ellas. En la Cuba que tarde o temprano tendrá que surgir, ellas tienen mucho que hacer. Mejor comenzamos a comprenderlas desde ahora.

(Publicado en *El Nuevo Herald*, Miami, 1 de marzo, 1999)